

ANTE EL DOLOR DE LAS MADRES

Por el Pbro. Jacinto NUÑEZ BARBOSA

Profesor de Religión y Moral Cristiana y alumno de Derecho de la Universidad de Chile

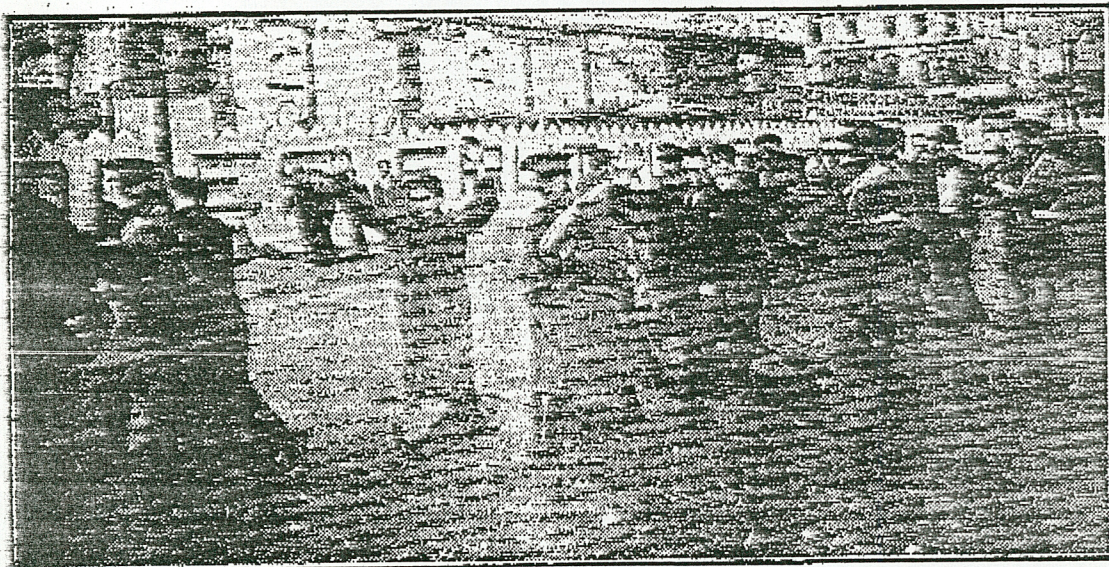
"Hasta en Roma se oyeron los llantos, lamentaciones y horriblos alaridos de tantas madres; Raquel que llora inconsolable y amargamente y no quiere ser por nadie consolada, porque sus hijos ya no existen. Profecía de Jeremías en el Evangelio de San Mateo, Cap. 2.º, vers. 18."

En esa tarde iban por las calles, con los brazos alzados al cielo, pidiendo clemencia ante su desgracia y su tremendo infortunio. ¿No habéis visto nunca los brazos en Cruz de Jesucristo Nuestro Maestro. Nuestro Señor y Nuestro Dios, abiertos eternamente como para estrechar y abrazar eternamente hasta el último Santo o Pecador, héroe o desgraciado de la Humanidad?...

Visión dantesca que oprime y estremece el corazón de todos los chilenos bien nacidos.

Eran muchachos, todos; eran la flor de la juventud que dice: arranque, heroísmo y martirio y también espejismo, engaño y locura. Eran jóvenes universitarios, unos pobres y otros de la clase media, cogidos en una imposible aventura y desventura.

Estaban vencidos, entregados, con sus armas



ANTE EL DOLOR DE LAS MADRES...

"En esa tarde iban por las calles con los brazos en alto, pidiendo clemencia... ¿No habéis visto nunca los brazos en Cruz de Jesucristo, Nuestro Maestro, Nuestro Señor y Nuestro Dios? Yo pensé en Jesucristo... Sí, en Él y en

Yo pensé en Jesucristo, en el Señor... ¡Sí! en Él y en nadie más que Él. Y con fe profunda de hombre humano y sencillo y de Cristiano, y de Sacerdote los entregué a Él que vino no a traer a los hombres un poquito de Amor, un pedacito de Misericordia en señal de una nueva era de comprensión y justicia y de seres humanos, no a merced de la Fureza, de la Monstruosidad y del Crimen.

Así los vimos desfilar, así los vimos pasar, acompañados de sus hermanos los guardadores del orden. ¡Con sus brazos levantados al cielo!

rendidas, indefensos y ataquillados... Flacos solamente a la palabra de honor y al símbolo de la espada, a la piedad, nobleza y a la humanidad del vencedor. Tras ellos, allá lejos, en esa tarde de septiembre, agitábase la bandera blanca de la rendición en la vieja Casa Universitaria, donde Bello, Domeyko, Huneeus, Barros Arana, Letelier y tantos maestros de diversas ideologías habían dictado a Chile y a su bella juventud lecciones memorables sobre lo que es el honor, sobre lo que es el Derecho y la Humanidad.

Nunca jamás nadie imaginó, ni aun en esos

dio de las sombras acélagas que engandran los enconos más torpes y vesánicos, que esos muchachos prisioneros, que ya habían entregado sus armas en la Universidad, iban a ser retornados de investigaciones para ser empleados como parapeto de guerra y bajo la consigna de marchar siempre adelante con la generosa declaración de que si retrocedían serían muertos por la espalda para ser en seguida, por órdenes superiores, masacrados y asesinados con saña y frialdad horribles.

¿Qué dicen, no ya el Evangelio de Cristo, Maestro de la Humanidad, sino el derecho de

paso atrás, en que cesen todos los rencores, todos los odios, todas las bajas pasiones, que darken nuestra naturaleza humana. Se paraban las armas y las bayonetas y se detiene el hierro bárbaro y homicida. Y eso sucede al punto como el relámpago entre las tinieblas, en un segundo del tiempo, a todos los corazones generosos y bien nacidos, cuando pasan ellos, el vértigo de la legítima defensa y de la venganza, y ven ya a su víctima indefensa y aniquilada, tendida a sus pies, batiéndose su debilidad, entregada. Entonces nace una gran piedad, piedad humana y piedad cristiana, hacia aque-



"CON LOS BRAZOS EN ALTO, ALZADOS AL CIELO PIDIENDO CLEMENCIA".

Los estudiantes que depusieron sus armas en la Universidad abandonaron la "Casa de Bello" conducidos como prisioneros por los "Carabineros de Chile". (Fotografía reproducida de la edición del 15 de septiembre de la revista "Zig-Zag".)

gentes, la civilización, el Derecho Internacional Público y Privado, la humanidad, la piedad, el honor, la dignidad humana, qué dicen sobre el vencido, sobre el caído, el prisionero de guerra de guerra y de asonada? ¡Y eran jóvenes enteros! ¡Si hasta a los bandoleros y criminales confesos se los guardan los fueros de la justicia en nombre de la civilización y del cristianismo!

¿Quién o quiénes dieron esa orden expresa contra esos vencidos, contra esos caídos y prisioneros, ya entregados, juventud en flor y quiénes se cabaron en ellos, obediendo esos mandatos que no admiten explicación ni justificación de ningún género? ¿Por qué tanto baldón, tanta ignominia, no ya sobre toda la historia, sino sobre la tierra americana y sobre la misma expresión social que se dice la civilización cristiana?

Porque hay un momento en que se da un

ilios en quienes se ha querido, sin conseguirlo del todo, acumular todos los desbordes y odios inmensos! Si, entonces adviene una gran piedad...; pero en este caso...

Se ha dejado de ser cristiano; mucho más todavía: se ha dejado de ser humano. Pero mucho más todavía: ha desaparecido la condición de hombres, responsables de sus actos y de sus consecuencias para derivarla en saña e iniquidad.

Hemos estado al lado de esas infortunadas madres de los noventa muchachos engañados, vencidos, prisioneros y masacrados. Nos hemos arrodillado para recoger ese océano de lágrimas junto al montón de cadáveres, junto a la gran charca de sangre. Allí en la Morgue, sobre ese hacinamiento de cuerpos mutilados y destrozados, para elevar una oración: una plegaria ante Jesucristo, el Dios de la Justicia y el Dios del Amor.

En este instante aclago, de vergüenza y espanto de todos los chilenos que se sienten con alma y corazón, ante la masacre de los jóvenes universitarios, hemos recordado aquellas páginas siniestras y fatídicas en que aparece Herodes, el de la Matanza de los Niños Inocentes.

¿Acaso en la edad de la juventud, de los arrebatos imposibles y de los locos desvaríos, de los locos amores, no hay también inocencia? Contesten los hombres maduros y sanos, los que han sufrido y llevado la cruz, los que peinan canas, los legisladores y jueces, los que tienen hijos. Respondan.

No hay consuelo para estas madres, para tantas madres, tan infortunadas, humilladas y vengidas. Ya lo dijo el profeta Jeremías seis siglos antes de Cristo, cuando divisó la Matanza de los Niños Inocentes en torno de un recién nacido, porque el Evangelio no es acomodo de un instante, sino principios de justicia y de eternidad:

"Hasta en Roma se oyeron los llantos, lamentaciones y horrendos alaridos de tantas madres: es Raquel que llora inconsolable y amargamente y no quiere ser consolada por nadie, porque sus hijos ya no existen."

El dolor de estas madres, ante la sangre y victimación de sus hijos, que llevaban sus manos alzadas al cielo, pidiendo clemencia y perdón, en esta masacre en masa, es dolor inenarrable e infinito, es manantial eterno de llanto, es surtidor perenne de lágrimas hasta la misma muerte. Y todos tienen que admitir que no puede ser de otra manera, porque así es el corazón de la mujer, porque así es el corazón de las madres.

Dice con honda ternura do hombre, de cristiano y de sacerdote don Ramón Angel Jarar: "Hay una mujer que tiene algo de Dios por la

inmensidad de su amor y mucho de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados; una mujer que, siendo joven, tiene la reflexión de una anciana, y en la vejez trabaja con el vigor de la juventud; una mujer que, si es ignorante, descubre los secretos de la vida con más acierto que un sabio, y, si es instruída, se acomoda a la simplicidad de los niños; una mujer que, siendo pobre, se satisface con la felicidad de los que ama, y, siendo rica, daría con gusto sus tesoros por no sufrir en su corazón la herida de la ingratitud; una mujer que, siendo vigorosa, se estremece con el vagido de un niño, y, siendo débil, se reviste a veces con la bravura del león; una mujer que, mientras vive, no sabemos estimar, porque a su lado todos los dolores se olvidan; pero, después de muerta, damos todo lo que somos y todo lo que tenemos por mirarla de nuevo, por recibir de ella un solo abrazo, por escuchar un solo acento, un solo consejo de sus labios".

Después de este luto y de este quebranto que empaña, tñe y ensombrece los anales de la historia de la República y del mundo entero y también del sentimiento de todos los hombres civilizados y cristianos; a todas las mentes, a todos los corazones, a todos los ojos nublados y cansados de llorar, ha aparecido la figura noble, dulce y santa de una nobilísima y excelsa dama, de una madre ejemplar que amó con entrañable locura de amor a sus numerosos hijos, blasón y orgullo de la sociedad y de todo Chile en todas sus capas sociales.

¡Es misía Rosa Esther Rodríguez de Alesandri!

También fué madre, y supo de enormes sufrimientos. En esta ocasión habría implorado clemencia de quienes podían y debían darle ante tanta desgracia.

J. N. B.

Quando Ud. busque entretenimiento...

EL INCENDIO DEL OLIVAR

por GRAZIA DELEDDA. - La genial escritora italiana, Premio Nobel de Literatura, nos presenta la atmósfera de Sicilia y pone en acción la multitud de personajes típicos. Encantadora descripción, grata intriga, nos dejan cariñoso recuerdo de estas páginas \$ 12.-

ANA ELENA BILSINI

por GRAZIA DELEDDA. - La misma autora, despliega aquí sus mejores dotes de novelista. Fijando en sus descripciones italianas extraordinaria vida y colorido; penetrando profundamente en la psicología humana, logra interesarnos hasta la emoción \$ 15.-

VERANO DE 1914

por R. MARTIN DU GARD. - Esta novela forma parte de la obra "Los Thibault", que ganó el Premio Nobel; pero puede leerse independientemente. Entre la trama novelada, pinta con patetismo las suertes que protagonizaron la Gran Guerra \$ 12.-

OBRA DE ARTE

por SINCLAIR LEWIS. - El autor de "Babbitt", también laureado con el Premio Nobel, nos cautiva aquí con lo mejor de su estilo y de su humor. Al leer esta novela, nos familiarizamos con el ambiente norteamericano y tratamos cara a cara al "yanqui" típico. \$ 10.-

EDITORIAL MERCILLA S.A.

AGUSTÍN 285 (1932)

CASILLAS 2757